

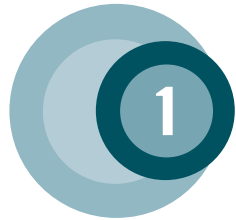
0

Índice

**Cristianismo y ética:
una relación
compleja**

1. Aclarando los términos
2. El cristianismo como moral vivida o ética cotidiana
 - 2.1. Una ética del amor a todos, empezando por los que más sufren
 - 2.2. Una ética del reinado de Dios
3. El cristianismo como ética filosófica o teología moral

Contraste



Aclarando los términos

Los términos “cristianismo” y “ética” se prestan a muy diversas interpretaciones que pueden dar lugar a malentendidos. Por ello conviene comenzar estas reflexiones sobre la relación entre el cristianismo y la ética aclarando en qué sentido serán utilizados aquí. Por “cristianismo” vamos a entender el movimiento que forman actualmente las personas de todo el mundo que se consideran seguidoras de la persona y mensaje de Jesús de Nazaret *tal como queda reflejado en los cuatro evangelios que la tradición ha considerado como canónicos*; esto significa que no me voy a referir en este trabajo a lo que el cristianismo ha sido a lo largo de los siglos, y que no voy a tener en cuenta como parte del cristianismo a ciertas sectas que se dicen cristianas pero que no se basan en los evangelios para configurar su imagen de Jesús. En líneas generales, hablaré del cristianismo que comparten tanto la Iglesia Católica como el conjunto de Iglesias Cristianas, tanto occidentales como orientales, que se han ido desgajando a lo largo de los siglos del aquel tronco común inicial que se inició con los testigos de la resurrección. En este sentido, el cristianismo actual es sumamente plural: está constituido por una gran diversidad de grupos y mentalidades a lo largo y ancho del planeta. Este enorme pluralismo interno es una característica que vamos subrayar desde el inicio como especialmente relevante: no hay, en realidad, un solo y único cristianismo, sino “muchos cristianismos” a los que apenas une entre ellos un cierto aire de familia en torno a la común referencia a Jesús de Nazaret, a quienes todos ellos confiesan como el Cristo, el Ungido por Dios que fue devuelto a la vida para no volver a morir, y que desde entonces actúa en el mundo de un modo misterioso, y que algún día

regresará de nuevo al mundo para culminar el proceso de reconciliación de la humanidad con Dios. Así caracterizado, el cristianismo no es una escuela filosófica, sino una fe religiosa que tiene su centro en la creencia en que aquel personaje histórico, que predicó en Galilea y murió en Jerusalem, está vivo y sale al encuentro de las personas que le buscan¹.

Por otra parte, entiendo por ética un saber que orienta el comportamiento de las personas y proporciona criterios para juzgar la conducta —la propia y la ajena— conforme a ciertas ideas de bien y de mal, de lo justo y de lo injusto, de lo que se debe hacer y de lo que se debe evitar. Este saber ético es muy complejo. En su interior distinguimos entre:

- *La moral cotidiana*, que es la *moral vivida* que va unida a la cultura de un pueblo concreto, como el español, el marroquí, el ecuatoriano, etc. Se trata de un conjunto de creencias y convicciones que adquirimos en la infancia y que nos sirve de guía, con algunas variaciones personales, a lo largo de toda la vida. Esta moral cultural es heredada y grupal, pero la convertimos en personal adaptándola cada cual a su peculiar manera de ser y de pensar. La moral cotidiana no es exactamente la misma en todos los países, ni en todas las épocas, pero todas las morales vividas tienen algunos preceptos comunes que tienen que ver con cuestiones muy básicas de supervivencia: no matar, no robar, no mentir, respetar a los mayores, ayudarse en casos de emergencia, etc. Dentro de la moral cotidiana o moral vivida puede haber algunas variantes grupales que difieren entre sí. Por ejemplo, en las sociedades pluralistas modernas hay quienes mantienen una moral cristiana, otros musulmana, otros agnóstica de inspiración humanista, otros atea de inspiración materialista, etc. Todas esas mora-

1. Sobre las dificultades más habituales para encontrarse con el Dios de Jesús en la actualidad puede verse Martínez Navarro, E.: “¿Por qué las personas de hoy no pueden encontrar a Dios? en Iglesia Viva (Valencia), 223 (2005), pp. 9-28.



les grupales son compatibles, en principio, con una moral cívica común, compartida por todos los grupos para hacer posible la convivencia pacífica y la cooperación económica y política.

- La *ética filosófica*, que es un saber académico que procede de las obras de los grandes pensadores que ha habido en la historia. Este saber ético es más reflexivo y crítico que la moral cotidiana, pero también es más abstracto: en lugar de decirnos directamente qué se debe hacer y qué no, proporciona únicamente principios y criterios generales para que cada cual reflexione sobre los casos concretos y llegue a la mejor conclusión posible. Por ejemplo, la ética aristotélica, que es una de las éticas filosóficas, insiste en la conveniencia de cultivar una serie de virtudes éticas (prudencia, fortaleza, moderación, generosidad, etc.) como parte indispensable de la forja del carácter, y añade que un buen carácter es el que permite lograr el máximo posible de plenitud de una vida acorde con la naturaleza racional y social de los seres humanos. Tampoco la ética filosófica es una sola, sino que existe una variedad de corrientes filosóficas y cada una de ellas propone su propia ética: hedonismo, eudemonismo, deontologismo, etc.

- Las llamadas “éticas aplicadas”, que son un tipo de saber ético que se nutre de aportaciones valiosas de distintos saberes —tanto científicos como humanísticos— para ofrecer orientaciones específicas a distintas profesiones y ramas de la actividad humana como la biología, la medicina, la ingeniería genética, la economía y la empresa, el periodismo, etc. El ejemplo más notorio de ética aplicada es la bioética: un saber que se ha venido formando a lo largo de los últimos decenios para dar una respuesta lo más humana posible —lo más alejada posible de la barbarie— a casos problemáticos que se plantean en la asistencia sanitaria, en la investigación biomédica, en la experimentación con animales, en el cuidado del medio ambiente, etc.



Tabla 1: Los saberes morales (Martínez Navarro 2005, p. 21).

Moral cotidiana = ética cotidiana	Ética filosófica = Filosofía moral
<ul style="list-style-type: none"> • Un saber aprendido desde la niñez por toda persona para orientar el comportamiento conforme a las costumbres socialmente establecidas. • Un saber que orienta la acción de modo inmediato con mandatos, valoraciones, consejos y otras prescripciones. • Evoluciona a través de las circunstancias históricas, que provocan cambios culturales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Un saber especializado que reflexiona sobre la moral vigente para revisar racionalmente sus contenidos. • Un saber que orienta la acción de modo mediato, remoto, sin hacer uso de prescripciones, sino de argumentos y de principios generales. • Evoluciona a través de la investigación y el debate entre filósofos.
Éticas aplicadas:	
<ul style="list-style-type: none"> • Un saber interdisciplinar que surge de la colaboración entre los profesionales de cada ámbito y los afectados, con asesoría de filósofos y expertos. Se nutre de la moral cotidiana y de la filosofía moral. • Orienta la acción de modo mediato (proponiendo principios generales) y también de modo inmediato (proponiendo normas concretas y consejos para casos concretos). 	

Como puede observarse, la complejidad va en aumento conforme avanza la historia. Por ello hemos de ser muy cuidadosos a la hora de plantear la pregunta por la relación entre cristianismo y ética: No es lo mismo considerar al cristianismo como un bloque homogéneo que como un conjunto de posiciones parcialmente diferentes en torno al mensaje de Jesús de Nazaret, y no es lo mismo considerar a la ética como otro bloque homogéneo que como un conjunto de saberes de diverso tipo aglutinados en torno a la orientación del comportamiento. Así pues, ¿cómo queda ahora planteada la pregunta por la relación entre cristianismo y ética? Veamos:

- El cristianismo puede ser entendido como una de las éticas cotidianas: se trata de una fe, de una visión del mundo, que contiene unas creencias muy determinadas y que recomienda un modo de comportarse muy particular, inspirado en los relatos evangélicos. En este sentido, se suele hablar de “la moral cristia-



na” o también de “la ética del Sermón de la Montaña” (puesto que en ese sermón se condensan las principales orientaciones morales de Jesús de Nazaret). Como tal moral cotidiana o moral vivida, el cristianismo fue en su origen una propuesta bastante original, puesto que suponía un desafío a ciertas creencias judías muy extendidas en la época de Jesús. Por ejemplo, Jesús recomienda la renuncia a la venganza, el amor a los enemigos, la acogida cariñosa de los niños, el trato no discriminatorio a la mujer, el rechazo de la hipocresía, la prioridad de las necesidades de las personas frente a las normas estrictas como la del sábado, etc. Sin embargo, con el paso de los siglos el cristianismo quedó mezclado con otras creencias que nada tienen que ver con él, pero que todavía hoy se confunden con las creencias genuinamente cristianas: por ejemplo, el recelo e incluso rechazo al disfrute de la sexualidad tiene su origen en las sectas gnósticas, que consideraban que el cuerpo es producto del mal y que la sexualidad es algo “impuro”. En el cristianismo como ética cotidiana o moral vivida es preciso recuperar lo que corresponde verdaderamente al mensaje de Jesús de Nazaret y distinguirlo, en la medida de lo posible, de las adherencias históricas que deforman y hasta corrompen dicho mensaje original. Esta labor, como veremos más adelante, la está llevando a cabo un buen número de investigadores desde hace algunos años, y por ello estamos hoy en mejores condiciones que en otras épocas para entender la moral cristiana como conjunto de creencias y recomendaciones concretas.

• Por otra parte, el cristianismo ha servido de inspiración a diversas teorías éticas de carácter filosófico: la ética de San Agustín, de Santo Tomás de Aquino, de Kant, de Hegel y de otros muchos pensadores pasados y presentes contiene elementos tomados del cristianismo, aunque cada teoría entiende el cristianismo a su propio modo y lo encaja de manera diferente en su particular sistema filosófico. Aquí las relaciones entre cristianismo y ética se pueden entender de modo muy diverso según el filósofo cuya obra estudiemos: en algunos casos el componente cristiano es esencial y central en la propuesta ética de que se



trate, mientras que en otros casos el elemento cristiano sería secundario y periférico. En general, puede haber una base suficiente para considerar que tal o cual ética filosófica tiene inspiración cristiana, pero no habría base, a mi juicio, para considerar que tal o cual ética filosófica es la que representa en exclusiva al cristianismo. Porque, hasta el momento, ninguna de las propuestas filosóficas publicadas a lo largo de la historia ha sido capaz de sistematizar el mensaje moral de Jesús de Nazaret de un modo completamente satisfactorio, y opinión en este asunto es que tal sistematización filosófica no es posible. La razón fundamental es que la ética de Jesús de Nazaret se basa, en última instancia, en la fe religiosa en un Dios-Amor, y esa fe no se puede exigir como requisito en la argumentación racional de la Filosofía. De modo que una “ética filosófica cristiana” propiamente dicha, sería más bien “teología moral cristiana” (el saber teológico es el que acepta algún tipo de fe en Dios como punto de partida), y por tanto ya no sería ética en el sentido filosófico propiamente dicho. Ahora bien, los desarrollos de la teología moral cristiana son muy interesantes para comprender la propuesta ética cristiana, y por ello merecerá la pena que nos asomemos a ella en este trabajo, siquiera sea de un modo panorámico y necesariamente breve.

• Por último, entre las éticas aplicadas no aparece, ni tiene por qué aparecer, una ética aplicada cristiana, al menos en principio. Porque las éticas aplicadas —recordemos: bioética, ética económica y empresarial, ética de los medios de comunicación, ética de la educación, etc.— son saberes que han surgido en cada uno de los ámbitos de actividad humana con ánimo de orientar sobre las cuestiones éticas que surgen en cada uno de tales ámbitos concretos. Y cada uno de esos saberes es interdisciplinar, abierto a las aportaciones de los afectados y abierto a las aportaciones argumentadas desde distintas cosmovisiones culturales y religiosas. Desde este punto de vista, tendría sentido decir que el cristianismo, como moral vivida o como teología moral cristiana, ha hecho tal o cual aportación valiosa a la bioética, o a cualquier otra de las éticas aplicadas, pero no tendría sentido decir que hay



“una bioética cristiana”, salvo que con ello se quiera decir únicamente que hay algunos cristianos que están interesados en la bioética y hacen aportaciones a esta ética aplicada desde la perspectiva cristiana.

Tabla 2: Cuadro resumen de los tipos de saber ético en relación con el cristianismo.

El cristianismo como ética cotidiana = moral vivida	El cristianismo como ética filosófica = teología moral cristiana
<ul style="list-style-type: none"> • Un conjunto de mandatos y consejos de Jesús de Nazaret recogidos por la tradición en los Evangelios. • Algunos de tales preceptos morales fueron muy novedosos en la historia de la humanidad. • Algunos elementos de la moral cristiana tradicional no proceden de Jesús de Nazaret, sino que fueron tomados de otras fuentes religiosas y culturales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Un saber especializado que reflexiona sobre la moral cristiana para revisar sus contenidos conforme a la razón y a la fe, aclararlos y mostrar sus implicaciones para la práctica. • Un saber que orienta la acción de modo mediato, remoto, sin hacer uso de prescripciones, sino de argumentos y de principios generales. • Evoluciona a través de la investigación y el debate entre teólogos.
Aporte del cristianismo a las éticas aplicadas:	
<ul style="list-style-type: none"> • Algunos cristianos, desde la ética cristiana y desde la teología moral cristiana, hacen aportaciones a las éticas aplicadas como saberes interdisciplinarios que surge de la colaboración entre los profesionales de cada ámbito y los afectados, con asesoría de filósofos y expertos. • No hay una “ética aplicada cristiana”, salvo que se entienda por tal al conjunto de aportaciones cristianas a la ética aplicada de que se trate. 	



El cristianismo como moral vivida o ética cotidiana

Para mostrar cuál es la visión que tengo del cristianismo como moral vivida o ética cotidiana comenzaré con un relato en forma de parábola que pretende invitar a los lectores a reflexionar sobre el modo en que, a mi modo de ver, se transmitió y se sigue transmitiendo la auténtica moral cristiana:

Parábola de los clientes del bar

El ofrecimiento de una ética cristiana se parece a lo ocurrido en un bar de barrio lleno de gente al que un buen día entró un desconocido al que todos miraron con curiosidad. El desconocido se acercó a la barra y comentó a algunos de los clientes que él era un nuevo vecino, que llegaba con mucha ilusión a vivir allí, y que por eso estaba muy contento y les invitaba a una ronda. Entre los clientes que le escuchaban hubo entonces tres tipos de reacciones.

Un pequeño grupo se alegró de la invitación. Le dieron las gracias y se interesaron por conocer al desconocido, pidiéndole que contase más detalles sobre los motivos que le habían llevado a instalarse en aquel barrio y por qué esa mudanza le ponía tan contento.

En cambio algunos otros clientes pidieron la consumición a la que invitaba el recién llegado, pero no tuvieron el menor interés en escuchar las explicaciones de éste. Eran los típicos gorriones que siempre consumen a costa de otros y nunca invitan a nadie, de manera que se limitaron a seguir su costumbre sin dar las gracias siquiera.

Finalmente otros clientes que habían escuchado la invitación, la rechazaron airadamente. Dijeron que ellos se pagaban lo suyo y que no consentían que nadie les viniera con historias, puesto que ese tipo de invitaciones a desconocidos les parecía sospechoso y humillante.

Lanzaron al desconocido una mirada de recelo y de desprecio y se apartaron hacia otra zona del bar. El desconocido les sostuvo la mirada con serenidad y no dijo nada.

Al cabo de un rato, los miembros del primer grupo estaban estupefactos por el encuentro con el desconocido. Hasta tal punto estaban felices de haberse encontrado con él, que sus vidas ya no serían las mismas en adelante. El desconocido les hablaba con enorme sabiduría sobre las cuestiones que a ellos les preocupaban, y ellos sentían que aquel hombre les comprendía y les estimaba muy de veras, a pesar de que acababan de conocerse. Se sentían tan intensamente amados por él, que al salir del bar y volver a sus respectivos hogares y lugares de trabajo empezaron a comportarse de un modo más atento y cuidadoso con las demás personas. Por ejemplo, empezaron a ocuparse mucho más de los niños y de los ancianos, a quienes anteriormente apenas prestaban atención. Y en adelante tenían más cuidado con las injusticias en el trabajo y en la sociedad, y se mostraban abiertamente críticos ante los responsables de las mismas.

Siguieron reuniéndose a menudo en el bar con el desconocido, y cada vez que lo hacían y compartían unos vinos y unos aperitivos en aquel establecimiento, salían con el ánimo renovado y con la alegría en la cara, dispuestos a amar a la gente con la que se encontraban, pero especialmente a los más desfavorecidos, humillados y excluidos. Al cabo de unos meses, cada uno de ellos acabó marchándose a vivir a otros diversos barrios y entrando en otros bares en los que ahora eran ellos los desconocidos que invitaban a los residentes, y algunos de éstos sentían también el contagio de una actitud amorosa que en adelante les cambiaría radicalmente la vida. (Martínez Navarro 2005, pp. 88-89).

2.1 Una ética del amor a todos, empezando por los que más sufren

Lo que considero esencial en la ética cristiana es que toda ella parte de un encuentro personal con alguien que no es únicamente de este mundo, aunque ha pasado por este mundo y ha

conocido a fondo su injusticia. En mi opinión, lo que define al cristianismo es la *experiencia personal de encuentro con Jesucristo*. Esta experiencia te cambia la vida radicalmente, de modo que la ética personal anterior al encuentro ya no puede ser igual que la que inspire el resto de la vida a partir de ese momento. Esto es lo que le ocurre, por ejemplo, a Saulo de Tarso, que tras tener una experiencia profunda de encuentro con Jesucristo, se convierte en Pablo el Apóstol, y no solo deja de perseguir a muerte a los cristianos, sino que se dedica en adelante a difundir por todas partes el mensaje de la vida y obra de Jesús de Nazaret, a quien considera como alguien que está vivo para no volver a morir.

No siempre la experiencia de encuentro a la que me refiero ha de ser necesariamente tan extraordinaria como la que narran *Los Hechos de los Apóstoles* acerca de San Pablo, pero quiero insistir en que el núcleo de la ética cristiana no puede encontrarse en otra parte, tal y como yo veo este asunto. Porque la ética cristiana no es primariamente un conjunto de preceptos que hay que cumplir para ganar un premio o evitar un castigo, sino principalmente una nueva actitud profunda que nace del corazón en la medida en que has podido tener esa experiencia de *encuentro personal* con alguien que te ama y ama a todas las personas con la misma intensidad.

En la mayoría de los casos, supongo, a la experiencia de encuentro personal con Jesucristo vivo se llega a través de la mediación de otras personas cristianas que, a su vez, hayan tenido previamente la experiencia de ese encuentro y la hayan transmitido a través de la palabra y sobre todo del testimonio de la propia vida. El cristiano propiamente dicho es, antes que cualquier otra cosa, una persona que ha quedado fascinada por el encuentro con otra Persona, y desde ese momento experimenta la vida entera como un regalo, como un don maravilloso que siempre va a más, incluso más allá de la cruda realidad del mal y de la muerte, porque esas realidades se perciben ahora como



transitorias, mientras que lo definitivo será el triunfo de la justicia y de la vida en plenitud. Ese encuentro personal puede darse de muchas maneras, pero cuando ocurre de veras no deja indiferente a la persona que lo vive, sino que le impulsa a revisar y reinterpretar toda su vida para enfocarla de un modo nuevo. Todo el edificio institucional y el desarrollo doctrinal que han elaborado los cristianos desde hace dos mil años cobra su sentido a partir de la sacudida vital que supuso conocerle personalmente y experimentar que sigue vivo tras la resurrección y tras el *envío de su Espíritu* al mundo (a todo el mundo, no sólo a los testigos de la vida del Jesús histórico y a sus seguidores).

Desde este punto de vista, la ética cristiana es claramente una “ética de máximos”, que hunde sus raíces en la metafísica de la resurrección y en lo que ella significa de acercamiento de Dios a la humanidad a través de una Persona que muestra un nuevo rostro de ese Dios. Un Dios que no es el frío y distante motor del universo, ni el juez legalista e intransigente que prepara castigos eternos, sino el *padre-madre* que ama a sus criaturas libres con la abundancia de la gratuidad y con la generosidad desbordante que contagia a quienes la acogen, pero sin violentar esa libertad en lo más mínimo.

Para entender lo que significa afirmar que el cristianismo es “una ética de máximos”, hay que partir de la distinción que se viene haciendo en Filosofía moral entre las éticas de máximos y la ética de mínimos: las de máximos son propuestas de sentido y de plenitud humana que hacen las distintas religiones y filosofías, tanto creyentes, como agnósticas y ateas, mientras que la ética de mínimos es un núcleo de valores compartidos por la mayoría de éticas de máximos, que sirve de base para una convivencia justa y pacífica entre los grupos que sostienen las diversas éticas de máximos. Obsérvese que las éticas de máximos son muchas, mientras que la ética de mínimos es necesariamente una: la *ética cívica* o ética ciudadana, la ética compartida por todos los que se sienten diferentes en sus respectivas creencias. En una sociedad



liberal moderna, caracterizada por el pluralismo de éticas de máximos que rivalizan entre sí para atraer seguidores, el cristianismo es una más de tales éticas, y apoya de buen grado los valores de la ética mínima compartida por dos razones: en primer lugar, porque los valores de la ética mínima (libertad, igualdad, solidaridad, respeto activo, renuncia a la violencia y actitud de diálogo) proceden en gran medida de la propia tradición cristiana; y en segundo lugar, porque la mayor parte de cristianos acepta la convivencia justa y pacífica con grupos que tienen otras creencias y comprende la necesidad de respetar los valores que permiten tal convivencia.

Esa ética cristiana que proclama que Dios nos ama como un padre-madre y que por ello deberíamos amarnos unos a otros como hermanos iguales, nunca invita a sus seguidores a transgredir los mínimos de justicia, sino todo lo contrario: puesto que se experimenta el amor de Dios, se ama de veras a todos sus hijos creados a imagen suya, y por tanto no se comete injusticia ni falta de respeto con ninguna. El encuentro con Jesucristo abre al creyente a la relación con un Dios que no es idéntico al que presentan otras religiones y filosofías, sino que en este caso se parece a un padre-madre que ama a sus hijos. Una parábola de Adela Cortina lo expresa de este modo:

*“El reino de los cielos es como un Padre de familia que despertaba con cariño a sus hijos al amanecer y los bendecía a la puerta de casa, cuando cada cual se encaminaba a su tarea. Uno era juez, otro trabajador manual, otro político, otro administrador, otro parado... Quedaba el Padre en casa, esperándolos por si necesitaban consuelo, ánimo, consejo, sin suplantarlos nunca en sus tareas, porque ésa era cuestión de ellos. Precisamente porque el Padre no se confundía con un legislador más, un juez más, un político más, podía inspirar la confianza de quien sólo ofrece consuelo, ánimo, consejo.”*²

2. Cortina, Adela: “La ética humana, ¿autonomía-heteronomía-teonomía?” en Revista española de Teología, vol. 50 (1990), cuaderno 2-3, pp. 257-266. La cita es de la p. 265.



Añade la autora que esa parábola “puede despertar la sospecha de ser desmovilizadora en cuestiones de justicia, porque es un viejo recurso del *laissez faire* el de situar a Dios más allá de la legislación, el juicio y el castigo”, pero aclara a continuación que “el Padre desea ardientemente que sus hijos mantengan entre sí al menos unas relaciones de justicia. No en vano son todos hijos suyos”. Por ello no hay contradicción alguna entre su actitud de padre paciente y las exigencias elementales de la *ética cívica*, puesto que también estas exigencias están contenidas en la revelación, pero el mensaje de esta última va más allá de los mínimos exigibles y contiene una propuesta de plenitud que se expresa en un amor desbordante a la humanidad.

De este modo, a través de la referencia al *encuentro personal* con el *Dios vivo del amor y de la gratuidad*, que se renueva en la comunidad, la fe cristiana va perfilando un tipo de ética, un *ethos cristiano*, que no ofrece primordialmente “normas”, ni “mandamientos”, sino acogida, consejo, ánimo, consuelo, comprensión, acompañamiento,... Recordemos la insistencia del evangelio de Juan de que “la Ley vino por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo”.

Por tanto, lo típico de la ética cristiana no es tener “respuestas para todo”, porque la fe nos proporciona sobre todo una vitalidad nueva, un sentido, una motivación, una actitud de servicio al prójimo desde el amor, pero no nos provee de una habilidad especial para abordar los casos morales difíciles. Por eso no debiera cargarse sobre los hombros de las personas, sean creyentes o no, los pesados fardos de las prohibiciones absolutas y de los anatemas a quienes no puedan o no quieran atenerse a ellas, sino que sería más propio de cristianos aportar servicio, acogida, comprensión y respeto. En el Evangelio queda bastante clara la crítica de Jesús al legalismo de la tradición anterior a él, pero muchos documentos eclesiales que tratan cuestiones morales parecen caer en el legalismo de “la ley natural” y desde ese legalismo parecen olvidar que la clave de la ética cristiana está en



las actitudes que nacen de la experiencia del encuentro personal; una experiencia que proporciona alegría y esperanza, pero no esas otras actitudes de condena y rechazo que presenta ese tipo de documentos.

La ética cristiana no proporciona, por ejemplo, una habilidad superior para resolver conflictos entre principios morales de igual nivel de exigencia, ni para resolver de un plumazo los intrincados problemas éticos que plantean las biotecnologías. Lo propio de las religiones no es responder a la pregunta “¿qué debemos hacer?” sino más bien dar respuesta a esta otra: “¿qué nos cabe esperar?” En consecuencia, a la vista de que la pregunta por el qué hacer no es propia de las religiones, el *ethos cristiano* ha de incluir la necesaria *actitud humilde* de colaborar lealmente con creyentes y no creyentes en la búsqueda de soluciones justas a esos problemas del *qué debemos hacer* para comportarnos *como humanos*.

La ética cristiana no es un conjunto de recetas morales dispuestas para solucionar los problemas concretos a los que se enfrentan los ciudadanos, ni tampoco proporciona varitas mágicas, ni atajos milagreros. Lo que proporciona es coraje, empuje, ganas de hacer bien lo que haya que hacer. ¿Pero qué es exactamente lo que hay que hacer en este o aquel problema moral que tanto nos preocupa por el sufrimiento evitable que provoca a las personas? Para responder a esa pregunta la ética cristiana no tiene una sabiduría especial. Sólo tiene la *opción radical por la justicia* que procede de aquel amor desbordante: nada más, pero nada menos. El cristiano es un ciudadano más, que se compromete junto a creyentes y no creyentes en la realización de lo justo, y que para ello participa en el debate sobre las cuestiones morales que en cada momento histórico son relevantes, pero sin pretender que la fe le ha dado la clave para zanjar ese debate de una vez para siempre.

La fe no autoriza al cristiano a *imponer* creencias u opiniones a los demás, sino que le impulsa a escuchar, a respetar, a colaborar lealmente con los demás y a ofrecer con humildad los propios puntos de vista sin pretender que éstos representan “la voluntad de Dios”. Porque la propia fe cristiana anuncia que “el Espíritu sopla donde quiere” y la experiencia histórica muestra bien a las claras que no siempre las soluciones concretas propuestas por los cristianos han sido las mejores para hacer avanzar a la humanidad hacia nuevas cotas de humanización.

Por eso la *humildad* de la que hablamos aquí es la que se basa en el reconocimiento sincero de que los creyentes no tenemos todas las respuestas, aunque tengamos la esperanza de tenerlas algún día, en otra vida más plena y definitiva que la presente. Se trata de la *humildad* de aceptar de corazón las reglas de juego de una sociedad pluralista, en la que ya no valen, afortunadamente, los privilegios injustos que antaño se otorgaban a la Iglesia y a sus dirigentes, y por ello es preciso ganarse a pulso la autoridad moral y el respeto de los demás grupos sociales por la vía de la coherencia vital y de la participación dialógica en el debate moral de la sociedad.

Por otra parte, la ética cristiana se caracteriza también *por dar prioridad a los más pobres*, a las víctimas de la historia, a las personas que sufren por la injusticia estructural que hemos acumulado a lo largo de los siglos. Esta preferencia por los excluidos, por los que sufren, por los enfermos y en general por los que necesitan ayuda, no significa que el cristianismo valore como algo positivo el sufrimiento, la miseria, la enfermedad o cualquier otra causa de exclusión social. Al contrario, la ética cristiana considera que todas esas lacras son algo que se debe eliminar, o al menos se debe reducir cuanto sea posible, porque se trata de males evidentes que dañan la vida de las personas. Lo que ama el cristiano como fruto del encuentro amoroso con el Dios de la Vida es *la persona* que está sufriendo, no el sufrimiento mismo.

Pero amar a la persona que sufre y detestar lo que le hace sufrir se traduce de inmediato en ayudarlo a que supere el sufrimiento. Porque, de lo contrario, si le abandonamos a su suerte, no le estaríamos mostrando amor, sino indiferencia. En resumen: por ser la ética cristiana una ética del amor, por ello es también una ética de la preferencia por las personas más necesitadas, de modo parecido a la anécdota que se cuenta de una madre de familia numerosa a la que le preguntaron que si tenía como preferido a alguno de sus hijos; la respuesta de la madre no se hizo esperar: “Les quiero mucho a todos, pero en este momento quiero más al que está enfermo, y le dedico más tiempo y cariño que a los demás”.

2.2 Una ética del Reinado de Dios

Esa ética del amor universal con preferencia por los últimos es la que está a la base de ese “Reinado de Dios” al que se refiere el Evangelio como la tarea que se propuso Jesús de Nazaret y que por ello se convierte en la tarea principal de quien se encuentra con Jesucristo y decide seguir sus pasos: Su Espíritu va completando *en la historia*, incluso desde antes de que el Jesús histórico pasara por este mundo, un plan de salvación que Dios tiene para el mundo, y que consiste básicamente en que la humanidad viva en este mundo en relaciones de fraternidad, de justicia, de cooperación mutua, de amor de cada persona a todas las demás y viceversa. Por eso, la participación activa en la realización del Reinado de Dios en la historia es la tarea ética que caracteriza a la ética cristiana y le aporta esas mismas características: una ética de la fraternidad universal, de la justicia, de la cooperación mutua, del amor incondicional.

El Reinado de Dios, conforme a la visión que probablemente tenía Jesús de Nazaret, no es un régimen político ni una estructura institucional como otra cualquiera. Se trata, más bien, de un amplio movimiento de humanización de las relaciones entre las personas, que empezó a extenderse desde antes de



Jesús de Nazaret y que el propio Jesús quiso impulsar de un modo explícito y enérgico a través de sus palabras y de sus obras. No es que el Reinado de Dios vendrá algún día (aunque tal vez algún día se manifestará en toda su plenitud), sino que ya está entre nosotros y se va extendiendo calladamente a lo largo de los siglos. Dios interviene en la historia sin hacer ruido, sin hacerse notar demasiado, a través de una serie de cambios en los valores dominantes. Esos cambios solo se hacen efectivos en la medida en que las personas nos hacemos cargo libremente de fomentar los nuevos valores. Por ejemplo, la lenta pero continua difusión de los derechos humanos desde finales de la edad media hasta nuestros días, se puede considerar como una muestra más de que el Reinado de Dios ha ido calando poco a poco en la historia, a pesar de las trabas y retrocesos que se han ido poniendo por el camino. Lo mismo podría decirse de la desaparición de la esclavitud, de la igualación de la mujer en derechos con el varón y del reconocimiento de los niños como seres dignos del mayor respeto y consideración. Todos esos avances históricos en el reconocimiento de la igual dignidad de las personas son totalmente congruentes con el mensaje evangélico, a pesar de que las iglesias cristianas no hayan sido muy consecuentes con la semilla sembrada por Jesús en esas y en otras muchas cuestiones.

Veamos algunos de los rasgos principales de la ética que Jesús de Nazaret propone como elementos clave del Reinado de Dios:

- Jesús criticó el legalismo religioso: “El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado” (Marcos, 2, 27). Las normas tradicionales han de ser tenidas en cuenta, pero con tal que su cumplimiento no traiga como consecuencia más sufrimientos, desgracias y desastres para la humanidad (Castillo 2005, 60).

- Su actitud fue contraria al ritualismo que obsesionaba a los fariseos y escribas de su época. Para “entrar en el Reino” lo



prioritario ha de ser el trato justo y cuidadoso con las demás personas, especialmente con quienes padecen sufrimientos e injusticias (Mateo, 5, 20). Invita a abandonar la observancia literal de las normas religiosas para adoptar una actitud de sinceridad y generosidad. No basta lo externo, es menester lo interno, el corazón: sencillez en la comunicación (Mateo 5, 37), huida de la ostentación en la práctica de la ayuda, de la oración y el ayuno (Mateo 6, 3, 6 y 18).

- Se invita a amar no sólo al amigo sino al enemigo (Mateo 5, 44.). Se recomienda la renuncia a la venganza y se prescribe devolver bien por mal: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian” (Lucas 6, 27-28; Mateo, 5, 38-48). Pero ese amor al prójimo va siempre acompañado del amor a Dios. “Amad a vuestros enemigos (...) de modo que seáis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos (...). Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre del cielo” (Mateo 5, 44-45 y 48; Lucas 6, 35-36). Según los expertos, la perfección a la que alude este pasaje se refiere la compasión que Dios tiene con todo lo humano, de modo que la exhortación final habría que interpretarla como “Sed compasivos como es compasivo vuestro Padre del cielo” (Vidal 2007, 81).

- Se recomienda que renunciemos a juzgar al prójimo (Mateo, 7, 1). Se supone que solo Dios conoce a fondo las circunstancias y las intenciones profundas de cada cual, de manera que solo Él tiene los datos necesarios para juzgar a las personas, mientras que nosotros los humanos deberíamos ceñirnos a juzgar únicamente los comportamientos (como hace Jesús cuando reprocha a los mercaderes en el Templo el haber convertido la religión en un negocio o al rico Epulón su comportamiento de indiferencia ante los sufrimientos del pobre Lázaro), pero sin entrar a juzgar a las personas como buenas o malas.



- Las “bienaventuranzas” expresan primariamente un clamor radical contra la injusticia, acompañado de la convicción de que ésta no triunfará, así como la idea de que el egoísmo humano es la principal causa de la injusticia. En las bienaventuranzas se usa la expresión “dichosos”, en plural, para significar que la plenitud y alegría que han de experimentar quienes vivan el mensaje cristiano no es una felicidad individualista, sino comunitaria. La expresión “dichosos” (en griego makárioi) significa el estado de felicidad de quien está libre de preocupaciones y de sufrimientos: Quienes viven sobriamente, quienes luchan por un mundo más justo y pacífico, quienes se solidarizan con los últimos, quienes van por la vida con un corazón sincero y abierto, tendrán la dicha más elevada que se puede tener, porque la recibirán de Dios en abundancia (Mateo 5, 3-12 y Lucas 6, 20-23). El programa ético de las bienaventuranzas es un programa de felicidad colectiva, en el que se invita a cada uno a buscar la felicidad de los demás, y solo de ese modo se logra también la felicidad personal.

- Jesús no devaluaba las obras por el hecho de insistir en la actitud interior: “El árbol se conoce por sus frutos” (Lucas 6, 44). La parábola en la que sugiere qué tipo de comportamientos en esta vida son preferidos por Dios, el criterio para valorar lo positivo es lo que realmente se haya hecho (“Tuve hambre y me dísteis de comer, ...” Mateo 25, 35), pero el criterio para valorar el mal es más bien lo que dejó de hacerse, es la indiferencia ante el sufrimiento humano (Mateo 25, 37-40). Se supone que la obra externa manifiesta la bondad interna, porque “el que es bueno, de la bondad de su corazón saca el bien” (Lucas 6, 45).

- Cuando le preguntan cuál es el “mandamiento mayor de la ley” (Marcos 12, 28-34), responde mediante una doble fórmula: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón (...)” (Deuteronomio 6, 4-6), y “amarás al prójimo como a ti mismo” (Levítico 18, 19). En otros pasajes evangélicos se ofrece una formulación de la regla de oro: “Todo lo que queráis que los hom-



bres os hagan, hacedlo vosotros a ellos” (Lucas 6, 31). Mateo añade: “Esto es la Ley y los Profetas” (Mateo 7, 12), con lo que esa fórmula se convierte también en una síntesis de la ética cristiana y de la interpretación cristiana de la ética de Antiguo Testamento. Es interesante notar que la fórmula evangélica de la regla de oro evita la formulación negativa (“no hagas...”) y prefiere la positiva (“haced...”).

- El modo cristiano de entender al “prójimo” en sentido universalista se aclara en la parábola del samaritano (Lucas 10, 29-37). Allí se muestra que el prójimo es cualquier persona que necesita ayuda, con independencia de sus merecimientos y de su condición social, económica, racial, sexual, etc. En la parábola de los jornaleros contratados a lo largo del día para trabajar en la viña (Mateo 19, 30) se muestra que Jesús invita a atender las necesidades de los últimos sin faltar a las obligaciones contraídas con los primeros: lo justo es cumplir lo debido con los que han tenido mejor suerte en la vida e ir más allá de lo debido, con generosidad y solidaridad, con quienes han tenido peor suerte.

- Con respecto a los pequeños placeres de la vida, la actitud de Jesús no es el puritanismo, sino más bien una actitud de sano disfrute de la vida, tal como se muestra en el pasaje de Mateo 11, 16-19: allí Jesús compara su propia actitud con el invitado a una boda, en la que se come y se bebe con alegría. Lo que Jesús quiere es que todos podamos vivir y gozar de la vida, pero sin exclusiones injustas de quienes no han tenido tanta suerte como nosotros. Por eso no siempre es posible que podamos gozar tranquilamente de lo que tengamos, porque sabemos que, entre tanto, miles de personas padecen injustamente por necesidades insatisfechas. En este terreno la ética cristiana invita sobre todo a compartir y a ser solidarios, en una dinámica de *donación* de bienes, pero sobre todo de donación de uno mismo.

- Jesús se mostró crítico con el modelo de la familia patriarcal (Mateo 10, 34-35, Lucas 12, 51-53 y 14, 26-27) y daba

prioridad a las relaciones personales respecto a las relaciones de parentesco (Marcos 3, 31-35; Mateo 12, 46-60 y Lucas 8, 19-21). Esto se comprende mejor si observamos que las relaciones de parentesco son relaciones institucionales, basadas en un sistema rígido de normas en las que la implicación personal es secundaria, mientras que las relaciones personales suponen un mayor grado de responsabilidad personal, de sinceridad, de transparencia, de donación de sí mismo, de fidelidad sin condiciones y comunicación emocional que se expresa en afecto, bondad y ternura (Castillo 2005, 25).

- La ética de Jesús de Nazaret nos muestra, con diversos testimonios a lo largo de su vida, que el camino para abordar los problemas humanos desde la raíz no consiste en idolatrar el poder, ni el dinero, ni tampoco las estructuras religiosas (como el Templo y sus rituales), sino en acercarse a quienes padecen la injusticia y el dolor para ver el mundo desde abajo, desde los últimos: lo que se dice y lo que se hace cobra su significación más auténtica cuando está en consonancia con el *desde dónde* se dice y se hace (Castillo 2005, 43).

- Con respecto a las relaciones de poder y de dominación de unos sobre otros, Jesús se mostró extremadamente crítico: Rechaza el afán de ser más que los demás, el deseo de dominar a los otros. Insiste en hacerse último, en servir, en no tiranizar ni oprimir, como hacen “los jefes de las naciones” (Marcos 10, 43).

- En relación con el dinero, la actitud de Jesús es advertir de que se puede caer fácilmente en la tentación de convertirlo en un ídolo que todo lo puede, de ahí el riesgo de idolatría y fetichismo, debido a la seducción que tiene este recurso como medio universal para conseguir toda clase de fines, tanto legítimos como ilegítimos. Jesús admite que se use el dinero como un medio para hacer el bien, pero sin atesorarlo como si fuera la salvación. Al no tenerlo, solo nos queda la posibilidad de dar a los

otros la propia persona (amistad, respeto, estima, amor) y no algo externo, como es el dinero. “El que va por la vida despojado de todo, sólo puede darse a sí mismo” (Castillo 2005, 182).

- Con respecto a la sexualidad, la ética de Jesús fue bastante menos puritana que la ética cristiana posterior. Esto es debido a que las cartas de Pablo y otros muchos escritos de cristianos a lo largo de la historia han introducido en el cristianismo una buena dosis de puritanismo que, en principio, es ajeno al mensaje evangélico. En los evangelios, la actitud de Jesús ante las relaciones sexuales es de advertencia contra: a) la violencia y la injusticia que acarrea el adulterio (ofensa a la propia pareja y a la pareja de la otra persona, que puede desencadenar una espiral de violencia), b) la injusticia flagrante en que incurrieron los varones al repudiar a sus esposas por motivos caprichosos, y c) la hipocresía que se aprecia en quienes critican la conducta sexual de otras personas (generalmente mujeres) sin revisar la propia falta de afecto, cariño y generosidad en las relaciones humanas. Jesús no rechaza como malo el deseo sexual ni considera “impuras” las prácticas sexuales, sino que únicamente advierte de que en ellas son igualmente dignos el varón y la mujer, que han de tratarse mutuamente con el máximo de amor y respeto. El puritanismo es una actitud ante la vida que antepone la pureza a las relaciones humanas. Supone una escala de valores en la que el primer puesto lo ocupa la pureza, la vida intachable en cuestiones de sexo, y sobre todo la imagen pública que se tiene ante la gente en ese orden de cosas. De este modo, el puritano es alguien que se centra en sí mismo, en su obsesión por la castidad como una lucha interior que llega al desprecio del propio cuerpo (Romanos 7, 21-24), con lo cual se descuidan las atenciones hacia los demás y se disminuye la sensibilidad ante las injusticias y el sufrimiento humano (Castillo 2005, 220- 223).



El cristianismo como ética filosófica o teología moral

La reflexión filosófica sobre la moral tiene tres tareas principales (Cortina y Martínez 1996): aclaración, fundamentación y aplicación. La tarea de aclaración pretende responder a la pregunta *¿En qué consiste la moral y en qué se diferencia de otros ámbitos de la experiencia humana como el derecho, la religión, la ciencia, la técnica, etc.?* La tarea de fundamentación, en cambio, se pregunta *¿Qué sentido tiene la moral en la vida humana, si es que tiene alguno? ¿Por qué hay moral y por qué debe haberla?* Por último, la tarea de aplicación pretende aprovechar lo aprendido en las dos tareas anteriores para orientar en las cuestiones prácticas que se presentan en los diversos ámbitos de la actividad humana: la familia, los amigos, el trabajo, la investigación científica, la vida política, el deporte, las asociaciones, etc.

Las éticas filosóficas tratan de dar respuesta a las cuestiones correspondientes a las tres tareas mencionadas, de modo que pueda sistematizarse todo el saber moral en un todo ordenado y consistente. Esta es una tarea histórica interminable, en la que constantemente hay nuevas aportaciones de estudiosos e investigadores, pero no obstante se han ido consolidando algunas escuelas o corrientes filosóficas y teológicas que ofrecen sus conclusiones a la opinión pública.

De las tres tareas mencionadas, la que sin duda constituye el núcleo de cada propuesta es la segunda: la fundamentación de la moralidad es la cuestión clave que distingue a cada propuesta filosófica de las demás propuestas rivales. En este aspecto, a mi modo de ver, ha habido tres respuestas principales a la cuestión de por qué hay moral y por qué debe haberla:

- **Fundamentación teológica:** Hay moral porque los dioses, o un Dios único, han establecido por su voluntad lo que está bien y lo que está mal, lo que está permitido y lo que está prohibido, lo que debe hacerse y lo que debe omitirse.

- **Fundamentación naturalista:** Hay moral porque la sabia Naturaleza ha fijado para cada especie unos patrones de comportamiento que le permiten sobrevivir a lo largo de generaciones. En el caso de la naturaleza humana, dado que el ser humano es un animal social y dotado de un cerebro más desarrollado que el de otras especies animales, la moral es un sistema complejo de comportamiento ligado a la cultura propia de cada población concreta, y se trasmite a lo largo de la infancia a través del proceso de socialización.

- **Fundamentación racionalista:** Hay moral porque el ser humano está dotado de Razón, que es una capacidad que nos distancia de nuestro ser natural y nos permite elegir libremente nuestro modo de comportamiento, con cierta independencia de nuestros condicionamientos de todo tipo (biológicos, psicológicos, culturales, económicos, políticos, religiosos, etc.). Sin duda esos condicionamientos recortan la libertad de un ser racional para elegir su comportamiento, pero no la anulan por completo. El uso de la Razón nos permite conocer el mundo que nos rodea y comprender cuáles son los principios racionales y razonables para comportarnos correctamente en medio de ese mundo, tratando de compaginar lo que consideramos como bueno para uno con lo que la Razón nos señala como bueno para todos.

A primera vista podría parecer que la ética cristiana ha de tener, necesariamente, una opción exclusiva por la fundamentación teológica. Puesto que, al fin y al cabo, el cristianismo se basa en una fe religiosa. Sin embargo, observemos que nada impide a alguien que sea partidario de la fundamentación teológica admitir al mismo tiempo alguna de las otras dos opciones de fundamentación, e incluso podría admitir las otras dos simultáneamente.



En efecto, eso es lo que ha ocurrido a lo largo de la historia: los filósofos y teólogos de inspiración cristiana estaban convencidos de que en última instancia es la voluntad divina la que fundamenta la existencia de los preceptos morales de la tradición bíblica judía y de la tradición cristiana del Nuevo Testamento. Al fin y al cabo, Dios es el origen y fin de todo cuanto existe, de modo que la moral también ha de ser obra suya, pero esa convicción de fe no es incompatible con afirmar que Dios se ha servido de la Naturaleza, o de la Razón, o de ambas al mismo tiempo, para hacer llegar al ser humano su mensaje moral. Esta es la teoría mayoritariamente aceptada por los filósofos cristianos a lo largo de la historia (San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Erasmo, Kant, etc.): Aunque la moralidad haya sido establecida por Dios y revelada a través de las Sagradas Escrituras, no puede haber contradicción entre esa fuente religiosa de la moral y lo que nos indican las otras fuentes de la moralidad que son la Naturaleza y la Razón. Porque también la Naturaleza y la Razón son obras del mismo Dios, de modo que no tendría sentido que hubiese contradicciones entre las tres.

Ahora bien, ¿cómo hemos de interpretar los contenidos morales de la fe, los procedentes de la naturaleza y los que contenga la razón? En este punto aparecen las discrepancias entre los distintos filósofos y teólogos. Porque no es lo mismo afirmar que la interpretación de los contenidos morales de la fe es una competencia exclusiva de los dirigentes religiosos que afirmar que cualquier persona dotada de razón y con la formación previa adecuada es competente para interpretar las exigencias morales de la fe. En este sentido, la tradición filosófica cristiana ha dado una importancia capital a *la conciencia* de cada persona como la instancia última de apelación en cuestiones morales. Cada persona es responsable ante sí misma, ante los demás y ante Dios, de los juicios morales que elabore para justificar su comportamiento. Los juicios morales se justifican por razones, y la conciencia es la facultad de raciocinio y discernimiento que aplicamos a las cuestiones morales. De ahí que la doctrina mayo-



ritaria en el cristianismo afirme que “siempre hay que obedecer a la propia conciencia”, puesto que la integridad y alta dignidad de la persona exigen que así sea. Esto no significa que la conciencia sea infalible, dado que la conciencia personal podría estar mal formada o alienada de mil maneras, sino que hay un deber de formar la propia conciencia mediante la educación y el apoyo de la comunidad. Pero, teniendo en cuenta este deber de formación continua y la consecuente admisión de la complejidad de la vida moral, la filosofía moral cristiana hace bien en señalar a la conciencia personal como el referente último, en este mundo, de lo que debe hacerse. De este modo se respeta lo esencial de la experiencia cristiana, que es el encuentro personal con Jesús en la intimidad de cada cual: de esa experiencia surge la auténtica moral cristiana en forma de un actuar que surge como sobrea-bundancia del corazón, que se siente amado a rebosar, y lejos de una moralidad de deberes y obligaciones vividos como fardos pesados que otros colocan sobre las espaldas. La moral cristiana no es una “moral del camello” en el sentido de Nietzsche, sino una moral de la libertad profunda de quien se siente tan sumamente amado que no le nace ya otro modo de estar en el mundo que no sea el de difundir ese amor a los demás.

Por otra parte, la tradición filosófica y teológica cristianas han tomado de otras filosofías, especialmente de los antiguos griegos y romanos, una especial predilección por la noción de “naturaleza” y de “ley natural”. La interpretación de esta noción ha llevado a mantener que ciertos preceptos, por ejemplo los relacionados con la procreación como finalidad suprema del matrimonio, o con la prohibición de conductas homosexuales, están fundamentados en “el orden natural” establecido por Dios. Sin embargo, algunos críticos han sugerido que tal “orden natural” es a menudo una construcción cultural elaborada con las ideas dominantes de un grupo social determinado, y adolece también de otros defectos relacionados con una concepción estática de la realidad y una reducción de lo humano a ciertos aspectos biológicos que no deberían ser determinantes en la compleja



moralidad personal (Vidal 2007, 133). En efecto, la naturaleza es un punto de partida para el comportamiento humano, puesto que somos seres corporales, animales, que formamos parte del ecosistema del planeta. Pero eso no significa que tengamos un deber moral de plegarnos a todos y cada uno de los condicionamientos que la naturaleza nos impone. Por el contrario, la racionalidad y las convicciones morales derivadas de la fe religiosa nos pueden impulsar a ir más allá de los imperativos naturales y a superar condicionamientos que nos afectan en tanto que animales. Por ejemplo, mientras que la naturaleza nos condiciona para buscar el alimento, una persona puede negarse a comer por motivos morales y/o religiosos, incluso en el caso de que esta huelga de hambre terminase con la vida del huelguista. Porque seguramente tales motivos morales y/o religiosos tendrían un peso mayor en la conciencia moral que la mera obediencia rutinaria a los imperativos de la naturaleza. Y esto no significa que los imperativos que derivan de la naturaleza sean absurdos ni despreciables, pero no parece acertado concederles la primacía que algunos pretenden.

Otro aspecto significativo del cristianismo como ética filosófica ha sido su insistencia en que es preciso tener muy en cuenta los avances de las ciencias y del pensamiento racional en el proceso de discernimiento moral. Es verdad que ha habido y sigue habiendo algunos sectores cristianos que no aceptan el evolucionismo ni alguna otra afirmación científica que parece contradecir lo expresado en la Biblia, pero la mayoría de cristianos comprende que no hay tal contradicción, sino que la Biblia utiliza un lenguaje y unas metáforas propias de un tiempo en que no existía la ciencia, y por ello no se le puede pedir al texto bíblico que informe científicamente. Por otro lado, si Dios se ha servido de la evolución para crear las especies y de otros muchos mecanismos para que el mundo funcione del modo en que lo hace, no tiene por qué sospecharse de la ciencia como rival de la fe, sino que cada una tiene su propio lugar y sus límites en el contexto de la experiencia humana. De ahí que la ética cristiana no



renuncie en absoluto a tener en cuenta los dictámenes de la ciencia a la hora de reflexionar sobre cuestiones controvertidas, como la investigación con embriones, la reproducción asistida, los trasplantes de órganos, la eutanasia, etc. En esas y en otras muchas cuestiones, la ética cristiana ha asumido seriamente el compromiso de consultar a la ciencia antes de dar cualquier orientación moral. Y en principio esa opción es la correcta, puesto que la ciencia es uno de los productos más preciados de la razón humana, y dentro de ciertos límites nos ofrece verdades que no podemos ignorar (Martínez Navarro 2005, cap. 3). Sin embargo, no se debería idolatrar la ciencia como si fuese la verdad absoluta, puesto que se trata de un saber histórica y socialmente condicionado. De modo que la consulta a la ciencia ha de ser un elemento importante, pero no el único a tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre las cuestiones morales desde una perspectiva cristiana.

La ética cristiana, a lo largo de su larga historia, ha establecido un diálogo fructífero con las filosofías morales elaboradas por autores de muy distintas mentalidades. Algunas de tales filosofías morales, como el aristotelismo, ponen el acento en las virtudes que se precisan para llevar una vida buena, mientras que otras lo ponen en los deberes y obligaciones que es necesario respetar para que el mundo humano funcione adecuadamente. Ha habido propuestas de ética cristiana en sintonía con ambas escuelas de pensamiento. Santo Tomás de Aquino (1225-1274) se inspira muy directamente en la ética aristotélica, mientras que Immanuel Kant (1724-1804) es el autor de referencia en la ética de los deberes. Actualmente, en cambio, aunque sigue habiendo moralistas cristianos que se inclinan por uno u otro de tales enfoques, es interesante observar que predomina un enfoque nuevo: lo esencial en la vida ética del creyente no es la adquisición de virtudes —que nunca están de más— ni la observancia de deberes y obligaciones —que tampoco hay que menospreciar—, sino que lo esencial en la ética cristiana es la “opción fundamental” y las “actitudes” que dependen de ella. Por “opción



fundamental” se entiende el proyecto general de vida de una persona, el tipo de persona que proyecta ser y el conjunto de valores que pretende fomentar con su comportamiento. Mientras que las “actitudes” son las disposiciones adquiridas que nos llevan a reaccionar positiva o negativamente ante los valores éticos, de modo que se pueden distinguir tantas actitudes como ámbitos de vida moral en los que estemos involucrados. La opción fundamental cristiana no puede ser otra que la decisión radical de seguimiento de Jesús y de realización de los valores del Reinado de Dios. Y las actitudes cristianas correspondientes a esta opción fundamental serían aquellas en las que se concreta esta opción fundamental, como la expresión de una alegría profunda, la apertura cordial al prójimo, el compromiso con los más desfavorecidos, la rebeldía frente a las injusticias, etc. La “opción fundamental cristiana” es el resultado del encuentro con Jesús como respuesta gozosa a su llamada a seguirle como colaborador en la realización del Reinado de Dios, identificado con los pobres y mediante ellos con Cristo. Es la opción por el amor como sentido de la vida. El resultado final de la opción fundamental y de las actitudes libremente asumidas ha de ser la concreción en los actos cotidianos, estableciendo una dinámica real entre:

Opción fundamental \leftrightarrow Actitudes \leftrightarrow Actos.

La ética cristiana no puede quedarse en una simple realización mecánica de ciertos actos “buenos”, pero desligados de una intención principal que muestre su sentido, pero tampoco vale decir que se tiene una opción fundamental y no mostrarlo en actitudes y actos consecuentes con la opción fundamental supuestamente adoptada. Este enfoque subraya que “el comportamiento ético cristiano no nace de un imperativo seco y frío, sino de un indicativo de gracia y de don” (Vidal 1995, 163).





BIBLIOGRAFÍA

GÓMEZ CAFFARENA, J. (1987): "El cristianismo y la filosofía moral cristiana" en CAMPS, V. (ed.): *Historia de la ética, vol. I*. Barcelona, Crítica, pp. 282-344.

CASTILLO, J. M. (2005): *La ética de Cristo*. Bilbao, Desclée de Brouwer.

CORTINA, A. y MARTÍNEZ, E. (1996): *Ética*. Madrid, Akal.

CORTINA, A. (2001): "El futuro del cristianismo" en *Alianza y contrato. Política, ética y religión*, Trotta, Madrid, pp. 173-182.

CORTINA, A. (2005): "El futuro del cristianismo en una sociedad plural" en revista *Veritas* (Valparaíso, Chile), 13 (2005), pp. 89-102.

MARTÍNEZ NAVARRO, E. (2005): *Ética y fe cristiana en un mundo plural*. Madrid, PPC.

PAGOLA, J. A. (2007): *Jesús. Aproximación histórica*. Madrid, PPC.

PRESTON, R. (1995): "La ética cristiana" en SINGER, P.: *Compendio de ética*. Madrid, Alianza, pp. 145-163.

VIDAL, M. (1995): *Moral de opción fundamental y de actitudes*. Madrid, San Pablo.

VIDAL, M. (2007): *Orientaciones ética para tiempos inciertos. Entre la Escala del relativismo y la Caribdis del fundamentalismo*. Bilbao, Desclée de Brouwer.